

Federico Santa Coloma Olimpo (1850-1929): Un general español a caballo entre dos guerras

Julián Recuenco Pérez

A menudo, los protagonistas de la historia han sido desprovistos de su pasado como seres humanos, convirtiéndolos en algo parecido a la historia y a la leyenda. El general Federico Santa Coloma ha sido convertido en uno de esos personajes, y aunque en un momento del pasado, más cercano cronológicamente a los hechos, sus paisanos conquenses llegarían incluso a dedicarle un calle, pocos en la ciudad conocen ahora quién fue aquel bravo militar, que llegó a tener bajo su mando a un grupo numeroso de esos españoles valientes, que sembraron brillantes y dolorosas páginas de la historia de España. Y es que poco importa si Federico Santa Coloma nació o no nació en Cuenca. Lo cierto es que a Cuenca estuvo vinculado por razones familiares, y en Cuenca pasó los escasos momentos que podía evadirse de su vida en el cuartel, y así se lo reconocieron los conquenses cuando le dedicaron una calle e incluso, unos años más tarde, también una travesía.

Y es que nuestro personaje se ha visto sometido a la niebla del olvido, hasta el punto de que son muy escasas las noticias que de él se han dado desde la propia ciudad. Tan sólo, unas breves referencias a la hora de analizar los orígenes familiares del conocido poeta Federico Muelas, de quien nuestro general era tío abuelo. Así, el propio escritor había dejado dicho una vez en uno de sus artículos que *“la abundancia de militares en la familia hacía habituales en la casa las conversaciones sobre la guerra de África”*ⁱ. Carlos de la Rica, en el prólogo a su antología poética, que fue publicada en su editorial *El Toro de Barro*, dice lo siguiente al respecto: *“La ascendencia militar se nutre de los Pérez de Santa Coloma, liberales y militares, con gobierno en Filipinas, de donde traen sangre y pigmentación”*ⁱⁱ. Y en el prólogo que también él realizó a los artículos conquenses del poeta, insistió otra vez en el tema: *“La familia es una mezcla de sencillez –el padre, Muelas-, y la madre con su raíz de nobleza rancia y heroica cuyas proezas se cuentan por Filipinas, donde, incluso, llegó a tomar sangre”*ⁱⁱⁱ. Como se puede ver, varias referencias a su origen asiático, aunque, como se verá a lo largo del artículo, su nacimiento en la ciudad de Manila sería debido en realidad a la carrera profesional de su padre, también militar, y nada en concreto a su actuación heroica durante la tercera guerra carlista, a pesar de que sería en este momento cuando su carrera militar disfrutó de un gran empuje.

De ahí la necesidad que supone sacar al personaje de la niebla de la mitología y envolverlo en el paisaje puro de la historia. Y para ello es necesario utilizar la documentación inédita proveniente de archivo. Tres han sido los documentos principales en los que he basado mi investigación: por un lado, el propio expediente personal del militar investigado, conservado entre los fondos del Archivo General Militar de Segovia^{iv}; por otro lado, dos manuscritos, bellamente encuadernados, que se conservan entre los fondos de la Real Biblioteca de Madrid^v. Se tratan de un anteproyecto de guerrera para jefes y oficiales, que lleva la firma del propio Federico Santa Coloma, y del diario de operaciones del regimiento de infantería León, número

38, que, siendo coronel, él mandaba al inicio de la campaña de Melilla, en 1909. Estos tres documentos son el hilo conductor de esta investigación, y para evitar repeticiones innecesarias sólo serán citados a partir de este momento cuando ello sea absolutamente necesario. A estos documentos hay que añadir también las noticias extraídas de la prensa nacional, principalmente del periódico ABC.

Antecedentes familiares: Eusebio Santa Coloma

Federico Santa Coloma nació a mediados del siglo XIX en Filipinas, constituida para entonces en uno de los escasos restos de aquel imperio que aún permanecía en poder de los españoles. Poco tiempo antes, el archipiélago había dejado de formar parte del virreinato de Nueva España, tras la independencia del propio territorio mexicano, y los militares se habían convertido ya en la principal élite de poder en la colonia, a través de la Capitanía General de Filipinas, un cargo que hasta entonces había estado siempre en poder de los civiles y que durante todo el siglo XIX pasó a poder de aquellos. Esta importancia del ejército en el conjunto de la sociedad y la economía de la colonia ha sido puesta de manifiesto por Josep Fradera en uno de sus trabajos sobre esta colonia, la más lejana, olvidada y desconocida del imperio^{vi}.

Su padre, Eusebio Santa Coloma López, era uno de esos militares que estaban destinados en la colonia, en la que había realizado toda su carrera, y en donde llegó a ejercer algunos cargos de gobierno militar. Había nacido en la península, en Cuenca, el 5 de mayo de 1823, un año de tristes resonancias liberales pues marca el final de la primera gran apuesta del liberalismo español, el llamado Trienio Liberal, más allá de aquel primer intento de 1812 que estaba enmarcado en la Guerra de la Independencia. Llamado a quintas en 1842, el 24 de noviembre de ese año fue destinado al primer batallón del Regimiento del Príncipe, con guarnición en Barcelona, ciudad que para entonces estaba sumida en un movimiento revolucionario de carácter progresista, la llamada por los historiadores catalanes *Jamancia*. Santa Coloma permaneció en Barcelona durante todo el año siguiente, y allí participó, junto al resto de su regimiento, en el pronunciamiento protagonizado del capitán general interino de Cataluña, José Cortines de Espinosa, quien decidió el 13 de junio de 1843 ponerse del lado de los amotinados^{vii}. Extendida después la sublevación a otros puntos del país, desencadenaría el final de la regencia de Espartero y el exilio en Inglaterra del militar y político manchego. José Cortines fue destituido, siendo sustituido por Miguel de Aroz. Por su parte, la participación en el pronunciamiento le supuso a nuestro protagonista una rebaja de dos años en el servicio militar, tal y como consta en su expediente personal, que se conserva también en el Archivo Militar General de Segovia^{viii}. No obstante, dicha rebaja no tendría ningún efecto en su vida personal, pues una vez terminado su servicio Santa Coloma decidió continuar en el ejército.

Al año siguiente, nuestro soldado estaba ya de guarnición en Pamplona, y en aquella plaza se mantuvo hasta que el 1 de julio de 1845 partió hacia Cádiz, con el fin de embarcarse con dirección a su nuevo destino en las islas Filipinas, de donde ya no regresaría hasta 1867, ya en los últimos años de su carrera militar. Para comprender mejor el significado de este traslado hay que tener en cuenta la situación militar en la que el propio Santa Coloma se encontraba, recientemente graduado como sargento segundo por condición de reenganche, y el hecho conocido de que en aquellos

momentos las tropas destinadas en las colonias se nutrían sobre todo por voluntarios y soldados de reenganche, es decir, aquellos que habiendo terminado el servicio militar obligatorio querían prolongar sus días en el ejército, iniciando así una carrera militar propiamente dicha.

El viaje de Eusebio Santa Coloma hacia su nuevo destino se inició el 2 de noviembre de aquel año, llegando a su destino el día 31 de mayo siguiente, y nada más desembarcar en la capital de la colonia, Manila, fue destinado como agregado en el Regimiento del Rey, con acuartelamiento en la propia ciudad de Manila, destino en el que le llegaría el ascenso definitivo a sargento segundo por antigüedad el 22 de noviembre de 1846. Las tropas de infantería acantonadas en el conjunto del archipiélago estaban formadas entonces por ocho regimientos, numerados del uno al ocho, que recibían respectivamente los nombres siguientes: Rey, Reina, Fernando VII, Infante, España, Príncipe, Princesa, y Borbón. Algunos años después se les agregarían dos regimientos más, los de Isabel II y Castilla.

Los primeros años del sargento Santa Coloma en las islas debieron ser muy similares a los de cualquier otro soldado que se encontrara en sus mismas circunstancias, alternando breves períodos de paz con algunos enfrentamientos armados de mayor o menor importancia contra los nativos. Para comprender mejor este período de nuestra historia hay que tener en cuenta el hecho de que aunque en la isla de Luzón, sobre todo en su costa occidental, la región más cercana a Manila, la situación era más o menos pacífica, en algunos de los puntos del archipiélago, principalmente en las islas de Joló y en algunas de la zona más cercana a Malasia y Borneo, territorios que estaban todavía muy poco occidentalizados y dominados por los piratas musulmanes, los enfrentamientos eran todavía abundantes.^{ix} En este sentido, el año de 1850 significaría un nuevo rumbo para su carrera militar: en el mes de junio sería ascendido a sargento primero, por antigüedad; poco tiempo después sería trasladado a las colecciones de tabaco, lugar en el que permanecería hasta el mes de abril de 1852.

Para entender mejor el significado de este término, hay que tener en cuenta que La economía filipina se basaba principalmente en la producción y exportación de tabaco. Las colecciones eran el lugar donde se realizaba el control de la hoja de tabaco producida, y era de vital importancia su control militar para los gobernadores y la élite política del archipiélago. Las primeras colecciones de tabaco se establecieron en Gapan, en la provincia de Nueva Écija, una de las provincias interiores de la zona sur de Luzón, y en la inmediata provincia de Bulacan, en la zona de influencia de la propia Manila. Ocho años más tarde, en 1796, se establecería la que con el tiempo se convertiría en la más importante de todas, la de Cagayán, en el extremo septentrional de la isla. Estas colecciones o áreas productivas formaban, junto a las oficinas o fábricas, lugar donde se incluían los propios almacenes, el principal la parte más importante del estanco de tabaco, que al estilo de las que se habían creado antes en Nueva España se convirtieron muy pronto en el principal elemento de la economía en la colonia asiática. Josep María Fradera ha puesto de manifiesto hasta qué punto era importante el control militar de las mismas con el fin de evitar el contrabando de tabaco^x.

Pero ese mismo año fue también diferente para Eusebio Santa Coloma en lo personal, pues fue cuando se produjo el nacimiento de su hijo, el futuro general Federico Santa Coloma. Varias son las incógnitas que surgen en torno a este nacimiento, la más importante de las cuales afecta a la procedencia de su mujer, Valentina Olimpo (o Limpo, que de las dos maneras figura su nombre en los documentos) y Rosario. Probablemente se trataba de una nativa, una mujer originaria de

las islas, algo que se desprende de sus apellidos, principalmente el segundo. Hay que tener en cuenta que preciosamente el año anterior, en 1849, el que hasta ese año había sido Capitán General de Filipinas, Narciso Clavería Zaldúa, había firmado un decreto con el fin de regularizar los apellidos de todos los habitantes indígenas, siendo precisamente el apellido Rosario uno de los más habituales a partir de ese momento, junto a otros de clara resonancia cristiana^{xi}. A todo ello se suma también una solicitud que el propio Santa Coloma firmaría varios años después, en 1861, suplicando el indulto real por haber contraído matrimonio sin la preceptiva licencia real, indulto que le sería aprobado el 4 de junio de ese mismo año. ¿Qué otras motivaciones podían existir para haber mantenido más o menos oculta aquella relación si no era el hecho de que la esposa podría ser considerada poco conveniente para un militar español? Santa Coloma regresó a Manila en 1852, y dos años más tarde salía destacado hacia el distrito de Benguet, en la misma isla de Luzón. Este suceso hay que enmarcarlo en un nuevo proceso de conquista y colonización de las sierras interiores de Luzón por parte de las tropas españolas que se iniciaron en los años treinta, y en el que ya antes había destacado principalmente el oficial Francisco Galvey^{xii}.

A principios del año siguiente regresó de nuevo a Manila, y ya en 1855 sirvió como abanderado de su regimiento, cargo de gran relevancia para cualquier militar por convertirse en el depositario de uno de los símbolos más representativos para cualquier país como es la bandera. Un nuevo traslado le llevaría el 3 de diciembre de 1856, junto al resto de su regimiento, a la plaza cercana de Cavite, uno de los espigones que cierran por el sur la propia bahía de Manila^{xiii}. Y en el mes de marzo de 1857 abandonaría por primera vez la isla de Luzón para trasladarse a Zamboanga, capital de la provincia del mismo nombre, en el extremo occidental de Mindanao, lugar en el que sería nombrado secretario del gobierno militar de la plaza; este nuevo destino está relacionado con una ofensiva sobre la isla del sur del archipiélago, que por aquel entonces se encontraba mucho menos colonizada que la de Luzón. El viaje a Mindanao lo realizó a bordo del crucero de vapor *Jorge Juan*, un buque de carácter mixto de una chimenea y tres palos que había sido botado en 1851 en el puerto de El Ferrol y que pocos años después, entre 1858 y 1862, tendría una importancia capital en la Guerra de la Cochinchina, una expedición de castigo que enfrentaría a un ejército combinado de tropas españolas y francesas contra el reino vietnamita de Annán por la muerte de varios sacerdotes y misioneros occidentales.

Ascendido a teniente el 1 de febrero de 1859, fue destinado ahora al Regimiento del Infante, con destino en la propia plaza de Zamboanga, y después de haber regresado a Manila en 1860 se le encargó la comandancia militar de Saltan, en la provincia de Isabela, en la zona nororiental de la isla de Luzón, donde permanecería hasta el mes de junio de 1867, fecha en la que por su nuevo ascenso a capitán fue destinado de nuevo a la capital de la colonia. Durante los siete años que se mantuvo al frente de la gobernación político-militar de Río Saltan mandó diversas acciones de guerra contra los indígenas rebeldes, entre las que destaca la salida que hizo al territorio de Saga al frente de una columna que estaba formada por cincuenta soldados, y que causó la muerte de algunos de sus hombres, acciones que sirvieron para obtener la total pacificación de la zona. Estas intervenciones le supusieron la concesión de la cruz militar de San Hermenegildo, por Real Orden de 31 de mayo de 1866.

Ya capitán, y con destino en el Regimiento de Isabel II, quedó en agosto de 1867 de guarnición en Manila. Sin embargo, sus servicios en la colonia estaban llegando ya al final. El 30 de septiembre de ese año se embarcó de nuevo en Manila, con dirección esta

vez a la península, y a su llegada a ésta quedó en situación de reemplazó en su ciudad natal, a la que no había regresado desde que se había incorporado a filas, veinticinco años antes. Ya en Cuenca obtuvo el grado de comandante, en el mes de noviembre de 1868, y tres años más tarde, tal y como era preceptivo para todos los militares españoles, prestó juramento de fidelidad y obediencia al nuevo monarca, Amadeo I. Un año antes, en 1870, el capitán general de Castilla-La Nueva, a cuyo distrito militar pertenecía Cuenca, le había concedido quince días de licencia para poder solucionar algunos asuntos familiares en los pueblos de Canalejas del Arroyo y Cañaveras, ambos en la Alcarria conquense, así como en Vallecas (Madrid)

En Cuenca se mantendría prácticamente todo el tiempo que le quedó de servicio militar, excepto un período breve, entre los meses de marzo y junio de 1822, en los que estuvo destinado en el batallón de la reserva de Toledo. De nuevo en Cuenca, también en el batallón de la reserva de la ciudad, permanecería todavía en ese destino en el mes de octubre de 1873, cuando realizaría su último servicio destacado a la causa liberal, Y es que, aunque el 18 de julio de aquel año se le habían concedido dos meses de licencia por enfermedad, al militar conquense le había dado tiempo no obstante a regresar a su puesto antes de que se realizara la invasión carlista.

En efecto, el 16 de octubre de aquel año la ciudad se vio sorprendida por el ataque de la facción carlista del brigadier José Santés Murgui. Éste se hallaba acampado al frente en sus tropas en La Melgosa, un pequeño pueblo situado a apenas ocho kilómetros de la capital, en el camino de Teruel, y envió a dos de sus compañías con el fin de que cortaran las comunicaciones de la ciudad a través de sus dos entradas principales, la Puerta de Valencia y la de Huete. Después, y en muy poco tiempo y sin apenas derramamiento de sangre, el brigadier valenciano se había hecho ya con toda la ciudad. No obstante, nada pudo hacer Eusebio Santa Coloma para defender Cuenca del trance en el que se encontraba, debido a la enorme diferencia numérica existente entre las tropas invasoras y los pocos hombres que intentaban oponérseles desde dentro de sus muros, a lo que se vino a sumar las relativamente abundantes defecciones que hubo entre los propios defensores, aunque el expediente personal del comandante del batallón local de la reserva da cuenta de su importante actuación en defensa del armamento y las municiones^{xiv}.

Mucho más sangrienta fue la posterior invasión carlista de Cuenca que tendría lugar en el mes de julio del año siguiente, al frente de la cual estaba el propio hermano del rey carlista, Carlos VII, y de su esposa, María de las Nieves de Borbón y Braganza, conquista que supuso la muerte de un grupo numeroso de conquenses y la quema y destrucción de algunos edificios de la ciudad. Para entonces, sin embargo, nuestro protagonista ya no se encontraba en Cuenca; en el mes de enero de 1874, dos meses después de haber pasado a situación de reemplazo. había solicitado la baja en el ejército, siéndole entonces concedido su retiro a Madrid por orden del gobierno de la República. Del día 30 de ese mismo mes.

Primeros servicios a España: Filipinas y la última guerra carlista

Federico Santa Coloma había nacido, efectivamente, en la ciudad de Manila, el día 25 de noviembre de 1850. Muy pronto debió sentir la atracción familiar por el servicio militar cuando, antes incluso de cumplir los dieciséis años, el 1 de septiembre

de 1866, ingresó como cadete en el Regimiento de infantería del Príncipe, número 6, del ejército de Filipinas, según nombramiento del que entonces era capitán general de la colonia, José Laureano Sanz y Posse, y aprobado por Real Orden del 15 de noviembre de 1866. Y al año siguiente, y durante un breve período de tiempo, pasó en la misma situación de cadete al regimiento de la Princesa. En el mes de septiembre de 1868 obtuvo el grado de alférez por gracia general, comenzando de esta manera una carrera militar plena de condecoraciones y recompensas, hasta llegar a alcanzar la graduación de general de división.

En el año 1869 sirvió en el Regimiento del Rey, el mismo en el que también había servido su padre durante los primeros años de estancia en las islas, como alférez en prácticas, y una vez terminadas éstas, con el empleo ya efectivo de alférez, en el Regimiento de Borbón. En 1870 fue nombrado fiscal del consejo de guerra permanente, cargo en el que se mantuvo hasta primeros de marzo del año siguiente. En el mes de mayo fue destinado con su regimiento a la península de Zamboanga, a donde se trasladó a bordo del vapor *Isla de Luzón*, barco mercante que era propiedad de la Compañía de Tabacos de Filipinas, y que en aquellos momentos era el buque mercante de mayor envergadura de cuantos faenaban por aquel océano con pabellón español, con más de ocho mil toneladas de desplazamiento^{xv}.

En el mes de septiembre de 1871 se trasladó a bordo del *Marqués de la Victoria*, un vapor de transporte de la Armada, a la ciudad de Pollok, lugar en el que estuvo al frente de la segunda brigada de presidiarios^{xvi} que debían de construir el camino que unía el puerto con la localidad próxima de Cottabato. Aquélla había sido fundada apenas unos años antes, en 1853, por el capitán general de Filipinas, Juan Antonio de Urbiztondo, con el fin de contribuir a la ocupación militar de la costa meridional de Mindanao^{xvii}. Estas acciones le acercaron por primera vez a la orden militar de San Hermenegildo, de la que obtendría a lo largo de su carrera diversas distinciones de carácter inferior y fructificarían después, ya en 1910, con la más importante de todas, la Gran Cruz.

Y habiendo regresado a Manila al año siguiente, inició el 12 de octubre de 1872 un largo viaje que le llevaría a la península. La primera etapa del viaje le llevó desde Manila hasta Singapur, a bordo de la cañonera de vapor *Mariveles*, de la Armada española. Allí tomó pasaje en el vapor *Meikong*, propiedad de las mensajerías francesas, y en este punto hay que constatar un posible error en el expediente personal de nuestro protagonista, pues se afirma que a bordo de esta nave francesa llegó de nuevo a Manila, hecho que no sería lógico si se trataba ya de un viaje de regreso a la península. Así pues debe tratarse de un simple error en la redacción de dicho expediente, siendo más lógico pensar que esta nueva etapa estaba situada en algún otro punto del océano Indico, dentro de la ruta que unía por entonces Europa con el extremo oriente, quizá en alguna de las antiguas colonias francesas que se hallaban cerca de la península malaya. Finalmente, y a bordo de otro barco español, el *Reyes*, desembarcó en Barcelona el 1 de diciembre de ese año, y después se trasladó por primera vez a Cuenca, ciudad de donde procedía su familia, y en la que quedó durante unos meses en situación de reemplazo.

Para entonces había empezado ya la tercera guerra carlista^{xviii}, por lo que en julio de 1873 nuestro joven oficial se tuvo que incorporar primero al batallón distinguido de jefes y oficiales, y poco después, a finales de agosto, al batallón de reserva de Ciudad Real, incorporándose finalmente al regimiento de infantería de Zamora en el mes de septiembre. Ya al año siguiente, encuadrado en el ejército del norte, con sede en Santander y en Santoña, a las órdenes de los generales Francisco Serrano, duque de la

Torre, y Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, realizó sus primeras acciones importantes de guerra en la península. Entre los días 25 y 27 de marzo intervino en los combates de San Pedro de Abanto, así como en todas las operaciones que siguieron a ésta, hasta que las tropas liberales consiguieron la liberación del cerco de la ciudad de Bilbao, que dejó a los carlistas prácticamente derrotados en el frente vascongado.

Estas acciones le supusieron el grado de teniente por méritos de guerra y su primera condecoración militar, la medalla de la Guerra Civil, así como la medalla de Bilbao, con los pasadores de Abanto, Muñecas y Galdames. Mientras se hacía efectivo su ascenso a teniente se trasladó a Burgos, ciudad en la que se estaba organizando el batallón de la reserva de Santiago, al que nuestro paisano había sido trasladado. De ahí, Santa Coloma se trasladó junto a su compañía en el mes de julio a Ciudad Real, y posteriormente siguió participando en diversas operaciones contra los carlistas, esta vez por las tierras alcarreñas de Guadalajara y Cuenca, a las órdenes ahora del brigadier Evaristo García Reina. En el mes de enero, la guerra se trasladó a la sierra de Cuenca, en donde el entonces teniente Federico Santa Coloma se destacó a las órdenes del brigadier Manuel Cassola, futuro ministro de guerra durante la presidencia de Sagasta, en las acciones de Campillo de Altobuey, el 13 de enero de 1875, y de Valdemeca y Huélamo, el día 30 de ese mes. Hay que tener en cuenta que en esos momentos, por la línea comprendida entre el Rincón de Ademuz, entre las provincias de Cuenca, Valencia y Teruel, y la sierra de Albarracín, se infiltraban hacia la serranía de Cuenca y la vecina provincia de Guadalajara numerosas partidas carlistas procedentes de la región del Maestrazgo^{xix}.

El día 6 de mayo de ese mismo año, a las órdenes del general Luis Fernández Golfín participó en las acciones bélicas del Rincón de Ademuz y Casas Bajas, y en el verano se vio encuadrado en la primera brigada de la cuarta división del ejército del centro, a las órdenes de Pablo Baylé. Participó después en el cerco de Cantavieja (Teruel), donde el general carlista Marco de Bello había establecido su cuartel general, cerco en el que se presentó voluntario para formar parte de la columna que asaltó dicha plaza el día 5 de julio; aquella noche, mientras una compañía, de la que formaba parte nuestro paisano, atacaron en silencio una brecha de la muralla, siendo repelida ésta por fuego de fusilería y piedras, el grueso de las tropas gubernamentales atacaban por el flanco derecho,; a pesar de todo, al día siguiente los carlistas que defendían la ciudad aragonesa no tuvieron más remedio que rendirse. Esta acción le valió un nuevo ascenso por méritos de guerra, siendo reconocido como capitán de infantería con antigüedad de ese mismo día.

Persiguió a los carlistas cuando estos se internaron en Cataluña, y con su compañía fue agregado al cuartel general del jefe del ejército del centro, Joaquín Jovellar Soler, quien había reemplazado en el mando del ejército del Centro al general Pavía el 30 de septiembre anterior^{xx}, participando a las órdenes de aquél, primero en la ocupación de la ciudadela de la Seo de Urgel (Lérida), ciudad que era difícil de tomar por sí misma y que además estaba bien defendida por una importante dotación de cañones Krupp que los carlistas habían tomado antes al ejército gubernamental, y después en la completa pacificación de Cataluña. Esta victoria supuso para el ejército carlista la destitución de su capitán general en Cataluña, Francesc Savalls, y su sustitución por Juan Castells.

Encuadrado después en la primera brigada de la división de la reserva, participó en diversas operaciones realizadas en las provincias de Lérida y Navarra, siguiendo a las

tropas que, una vez pacificado el centro y Cataluña, formaban, al mando del general Martínez Campos el llamado entonces Ejército de la Derecha (el antiguo Ejército del Norte constituía ahora el llamado Ejército de la Izquierda, al mando del general Quesada, y entre los dos pusieron cerco a la capital carlista, Estella)^{xxi}. Por todo ello se le recompensó con la Cruz Roja de Primera Clase, y por Real Decreto de fecha 8 de septiembre, con el derecho a usar la medalla de Alfonso XII con los pasadores e Cantavieja y Seo de Urgel.

No sería éste el último ascenso que Federico Santa Coloma obtendría por estrictos méritos de guerra. En efecto, la tercera guerra carlista, que nuestro militar había iniciado con el empleo de alférez, vería coronado a nuestro personaje con un nuevo éxito, tras haber tomado parte en las memorables acciones de Montejurra y Estella, a las órdenes esta vez del general Fernando Primo de Rivera, acciones que terminarían por provocar finalmente la derrota completa del ejército carlista y el final de la guerra, y obligaron al pretendiente, Carlos VII, a cruzar la frontera con Francia. Todos estos hechos se encuentran claramente documentados en su expediente personal^{xxii}.

Así pues la guerra, que nuestro personaje la había iniciado con el empleo de alférez, le había supuesto en apenas tres años de servicios bélicos otros tantos ascensos, siempre por méritos de guerra, así como sus primeras condecoraciones y recompensas. Y es que a las que ya había conseguido durante los primeros meses de la guerra civil vinieron a sumársele, por estas últimas acciones en el frente del norte, el derecho a poder usar la medalla de Alfonso XII con los pasadores de Santa Bárbara y Estella, y por Real Decreto de 3 de junio de ese año, fue declarado Benemérito de la Patria.

¿Qué es lo que había posibilitado que nuestro protagonista hubiera disfrutado de una carrera tan meteórica en aquellos primeros años de servicio? Desde luego, en primer lugar, su inquebrantable posicionamiento al lado del bando liberal, que sería el que ganaría la guerra civil. Pero también debió pesar algo en este sentido el hecho de que siempre, durante todo ese tiempo, estuviera sirviendo a las órdenes, más o menos directas, de algunos de los generales más influyentes de la época: Fernando Primo de Rivera; Joaquín Jovellar; Francisco Serrano Domínguez, y Manuel Gutiérrez de la Concha.

Nuevos servicios lejos del frente

Para entonces, una vez terminada ya la guerra civil, comenzó para el capitán con grado de comandante Federico Santa Coloma, un periodo más tranquilo, lejos de los frentes y de las trincheras. El resto de ese año 1876 lo paso de guarnición, primero en Granada y después en Málaga. En el mes de mayo del año siguiente se le destinó de nuevo fuera de la península, viéndose obligado a embarcarse en el vapor *Liniers* con rumbo a Melilla; fue éste su primer contacto con las tierras africanas. Pero elegido primer ayudante del jefe de su batallón y profesor de la academia de sargentos, tuvo que regresar a finales de ese año a la península. Desde este momento, se mantuvo en estos mismos destinos de tipo administrativo, acuartelado primero en las ciudades andaluzas de Málaga y Granada, y después en las costas levantinas, en Valencia, Castellón, Vinaroz y Morella.

De esta época convendría destacar apenas una breve licencia, en el año 1882, que disfrutó en Cuenca y en Panticosa, y el amargo servicio que cinco años más tarde se vio obligado a realizar, a las órdenes del teniente coronel Antonio Henares Tasso, con el fin de restablecer de nuevo el orden en la ciudad de Alcira (Valencia), donde habían

surgido ciertos brotes de violencia por el arrendamiento de consumos en la ciudad levantina. En 1889 fue elegido defensor en un consejo de guerra, y al año siguiente, después de haberse trasladado en comisión a la plaza de Barcelona, fue nombrado ayudante de campo del general Julián Azañón. Dos años más tarde se le concedió por antigüedad el empleo de comandante “en propuesta reglamentaria”, y después de un breve destino en Cangas de Onís (Asturias), regresó junto a Julián Azañón, quien en ese momento era jefe de la segunda brigada de infantería. En el año 1888 se le había condecorado con la cruz sencilla de San Hermenegildo.

En 1894, habiendo fallecido su superior, Julián Azañón, fue destinado a la zona de reclutamiento de Barcelona, destino en el que le llegaría la noticia de su ascenso a teniente coronel, y al año siguiente fue destinado al regimiento de la reserva Mataró. En 1896, después de haber sido condecorado otra vez con la Cruz Blanca de Segunda Clase al Mérito Militar, fue nombrado jefe del segundo batallón del regimiento de infantería San Quintín, con destino en Olot (Gerona), regimiento del que sería jefe accidental durante unas semanas de 1897, sustituyendo en el cargo a su antiguo coronel, Laureano Sanz, que por entonces había sido trasladado al ascender a general de brigada. En ese mismo año sería trasladado, como jefe, al batallón de cazadores de Figueras, destino en el que se mantendría hasta 1906. Los cazadores eran, o el alto mando del ejército pretendía que lo fueran, unidades de élite, comparables quizá, salvando las lógicas distancias cronológicas, a lo que algunos años más tarde significaría el nacimiento de la legión.

En esta época, y tras haber sido premiado con la placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo en 1898, tuvo que hacer frente al mando de su batallón otra vez a la población civil, esta vez por los disturbios desencadenados en Barcelona en 1902, que se habían originado por un brote de violencia anarquista. Los sucesos se habían iniciado ya el día 6 de diciembre del año anterior, con una oleada de huelgas en el sector de la metalurgia, bastante importante en la ciudad. A mediados de ese mes, el número de huelguistas ascendía a nueve mil, número que casi se duplicó pocos días más tarde. El 16 de febrero de 1902 se convocó una huelga general para el día siguiente, huelga que fue reprimida con dureza por el ejército cuando se tuvo constancia de que la situación era insostenible. Tres días después se empezaron a abrir algunos comercios, pero las consecuencias de la huelga fueron numerosas; alrededor de cien muertos, trescientos heridos y quinientos detenidos, y la ilegalización de la Federación de Sociedades Obreras^{xxiii}.

Los hechos que provocaron esta actuación de nuestro protagonista se enmarcan en un proceso muy diferente al que había tenido que hacer frente su padre sesenta años antes en este mismo escenario, pues si aquél había sido un levantamiento de carácter liberal y progresista al que en el último momento se incorporó el ejército, y hay que tener en cuenta que dentro del ejército español decimonónico existían también algunos elementos liberales, los sucesos que se vivieron en la ciudad condal a principios del siglo XX están relacionados con el terrorismo anarquista, que había venido asolando el país durante los últimos veinte años, y que había tenido uno de sus momentos culminantes en 1897, con el magnicidio del Antonio Cánovas, presidente del gobierno, en el balneario de Santa Águeda de Mondragón. Por otra parte, el pintor modernista Ramón Casas haría famosa la represión del ejército y de la Guardia Civil con su célebre cuadro titulado *La Carga*, que sin embargo, parece ser, tenía ya preparado algunos años antes.

Al año siguiente se le entregaría la medalla de la jura de Su Majestad Alfonso XIII, y en 1905, con motivo de los servicios prestados durante la visita a España del presidente de la república francesa, Emile François Loubet, la placa de la orden francesa “L’Etoile Noire”. En esta época nuestro protagonista fue designado para formar parte de diferentes comisiones: en 1902 fue nombrado vocal de la junta que debía estudiar la introducción de diversas mejoras en materia de tiro, y más tarde, en 1909, siendo ya coronel, tomó parte también de la comisión táctica y de aspirantes a la Escuela de Guerra. Mientras tanto, en enero de 1906 había realizado un anteproyecto de guerrera para jefes y oficiales de infantería para ejercicios, marchas y campaña.^{xxiv}

Justo en esas fechas en las que Santa Coloma realizaba este anteproyecto era promovido al empleo de coronel, con efectividad del 30 de diciembre anterior, siendo nombrado jefe de la segunda media brigada de cazadores, con destino en Madrid. En el mes de agosto salió hacia Cantabria, al mando de los batallones de Figueras y Arapiles, con el fin de sofocar las huelgas mineras que allí se habían iniciado, y una vez llegado a la capital cántabra el general González Tablas, quien estaba al mando militar de la plaza, le hizo jefe de una columna que, formada por tropas mixtas de infantería y caballería, debían pacificar la comarca. Una vez más, las tropas al mando de nuestro protagonista tuvieron que enfrentarse a una dura tarea de represión contra la población civil, tarea difícil para todo soldado profesional pero también necesaria para garantizar la paz en el país.

Nuevas acciones de guerra: Campaña de Melilla

En el mes de abril de 1908, Federico Santa Coloma fue nombrado coronel jefe del regimiento de infantería León, uno de los más antiguos del ejército español, y en el mes de octubre de ese año presidió, junto al jefe del Regimiento del Rey, el coronel Fernández Blanco, la fiesta militar de recepción de los nuevos oficiales de ambos regimientos, que compartían acuartelamiento en dicho pueblo madrileño. Al día siguiente, la prensa nacional publicó la alocución de ambos coroneles a sus subordinados^{xxv}.

Aquel año sería condecorado con la Corona de Hierro del imperio austriaco, algo que sin duda debía estar relacionado con el hecho de que el propio emperador Francisco José de Habsburgo era coronel honorario del regimiento que él dirigía. Para entender mejor este extraño nombramiento, hay que tener en cuenta que a finales de la centuria anterior, las relaciones entre la corona de España y la dinastía de los Habsburgo se habían vuelto bastante cordiales, primero a raíz de la boda de Alfonso XII con su segunda esposa, María Cristina de Habsburgo-Lorena, prima del propio emperador, y después por la propia regencia de ésta, durante la minoría de edad de su hijo. Por otra parte, hay que tener en cuenta que éste, Alfonso XIII, también nombró al emperador austriaco capitán general de todos los ejércitos, un hecho que por aquel entonces era bastante más usual de lo que parece entre los soberanos europeos; ya en 1884, durante una visita oficial que realizó el soberano español Alfonso XII a Berlín, el káiser Guillermo I había nombrado al monarca español coronel de un regimiento de ulanos.

A finales de ese mismo año nuestro protagonista fue condecorado con la medalla conmemorativa del sexagésimo aniversario del inicio del reinado del emperador de Austria-Hungría, el propio Francisco José. Por este mismo motivo, en el mes de diciembre, apenas unos días antes de solicitar unas breves vacaciones con el fin de poder pasar las Navidades con su familia en Cuenca, se celebró en el cuartel general del

regimiento la fiesta por el jubileo del emperador, tal y como recogía también la prensa de la época, prensa que publicó también la respuesta que la casa real austriaca había enviado por telegrama a los propios organizadores del acto^{xxvi}.

Mientras tanto, en la comarca de Melilla se habían iniciado ya los primeros ataques a las tropas españolas que defendían el protectorado de Marruecos, y la guerra terminó por hacerse inevitable a partir del momento en el que, el 9 de julio de 1909, unos trabajadores españoles que estaban construyendo un puente a unos tres kilómetros de la colonia recibieron el ataque armado de un grupo de rifeños, ataque que causó la muerte de seis de esos trabajadores y heridas de consideración a uno más de ellos. Este hecho estaba relacionado con la aplicación del tratado de Algeciras, firmado entre las principales potencias europeas en 1904, por el que se repartía el norte del reino de Marruecos entre Francia y España, bajo el régimen de sendos protectorados, y en contra de los intereses que Alemania también tenía en la zona. El consiguiente aumento de la tensión que se vivía en la colonia, con constantes ataques a las tropas españolas por parte de los rifeños, obligó a las autoridades a llamar a filas los reservistas que algunos meses antes habían sido desmovilizados, con el fin de poder completar estar dos brigadas, cuyos efectivos en aquellos momentos estaban reducidos en un cincuenta por ciento. Y la decisión de enviar a África esas tropas fue lo que terminaría por desencadenar a finales de aquel mes, los sucesos de la llamada semana trágica de Barcelona, en la que se incendiaron diversos edificios religiosos, y encontraron la muerte un total de setenta y ocho personas.

El día 1 de agosto, el mismo día en el que el regimiento a cuyo frente se encontraba nuestro protagonista había recibido la visita del propio Alfonso XIII, en cuyo cuartel de Leganés, después de haber asistido a la misa que se había celebrado en el patio, el propio rey presidió el desfile protagonizado por sus dos primeros batallones y por la sección de ametralladoras, se recibió la orden de partir hacia el continente africano. En esos días, se recibiría en el cuartel un nuevo telegrama del conde de Poara, ayudante de cámara del emperador Francisco José de Austria, en representación de éste, como contestación a otro que a su vez le había enviado el propio Santa Coloma informándole de la movilización^{xxvii}.

Dos días después, el regimiento saldría en tren con dirección a Málaga, ciudad en la que debían embarcarse con el fin de incorporarse a las tropas que formaban la primera división del ejército de operaciones destinado a la pacificación de Melilla, en la que estaban encuadrados los regimientos del Rey y León, que formaban la primera brigada, y los regimientos de Saboya y Wad-Ras, que formaban la segunda brigada^{xxviii}. A esta plaza andaluza Federico Santa Coloma se trasladó, junto con las tropas que estaban a sus órdenes, en el vapor *Alfonso XII* el día 5 de agosto de 1909, Al mismo tiempo su regimiento fue enviado al acuartelamiento que estaba instalado en la zona situada entre los fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo, detrás de la caseta del polígono de tiro.

Al poco de encontrarse en tierras africanas, Santa Coloma volvió a destacar en acciones bélicas de importancia al frente de su regimiento. Ya a finales del mes de agosto dirigió varias salidas de inspección, al mando de diversas tropas mixtas de infantería, artillería y caballería, operaciones que se repetirían también durante los primeros días del siguiente mes de septiembre. De estas primeras acciones de guerra de nuestro protagonista en tierras africanas destaca la del 28 de agosto, en la que al frente de al frente de su regimiento y de la segunda batería montada salió desde el campamento, situado en la zona del Hipódromo, en dirección a la Restinga, una estrecha

lengua de tierra que separa Mar Chica del Mediterráneo, a una diez millas al sureste de la capital de la colonia, con el fin de reforzar la unidades de ocupación de Zoco el-Arbaa^{xxix}.

Otra vez salió el 4 de septiembre al frente de su regimiento hacia la zona de Cabo de Agua, y reconoció el poblado de Muley-Ali-Xerif. Pese a que en un principio el avance de las tropas fue bastante tranquilo, al regreso al campamento los disparos de las harkas enemigas se fueron recrudeciendo, hasta el punto de que sus tropas tuvieron que hacer frente a cinco horas de fuego cerrado^{xxx}. En esta acción, además de haberse visto sus tropas obligadas a mantener el fuego contra los emboscados enemigos, y con el fin de evitar nuevos enfrentamientos posteriores, tuvieron que destruir con explosivos las casas de los moros, destruyendo todo cuando encontraban a su paso y talando los árboles de los huertos.^{xxxi}

En los días siguientes se sucedieron las operaciones por la provincia de Quebdana, al sur de la colonia, operaciones por las cuales Santa Coloma fue felicitado públicamente por el comandante jefe de las fuerzas de Melilla, el general José Marina Vega. Y a finales de ese mismo mes participó en la toma de Nador, tal y como lo recoge el diario de operaciones del regimiento^{xxxii}. El general Aguilera dirigía este movimiento de ataque sobre Tauima, Nador y Zeluán, con el fin de montar en la zona una base de operaciones que permitiera controlar más fácilmente aquella parte del protectorado, una de las que más problemas estaban dando a las tropas españolas.

Mientras se publicaba en la prensa nacional un resumen de la operación, incluida la anécdota de la herida mortal del caballo de nuestro protagonista^{xxxiii}, las operaciones del ejército español en los territorios próximos a Melilla continuaban. El día 27 participó otra vez en la toma de la Alcazaba de Zeluan. El día 30 por la noche, al frente del primer batallón de su regimiento, tomó parte en el sangriento repliegue de las tropas españolas en Bugen-Zain, en el que encontró la muerte el general Díaz Vicario, quien mandaba el conjunto de las tropas. Y el 17 de octubre, después de haber salido otra vez en repetidas ocasiones al mando de una columna con el fin de proteger a los convoyes que debían trasladarse de un lugar a otro ante las líneas enemigas, tomó parte con su regimiento, junto a una batería de artillería montada y al regimiento de lanceros de la Reina, de las tropas que debían proteger el reconocimiento de las líneas enemigas que en dirección al collado de Atlaten debía efectuar el globo de la compañía de aerostación. En esta acción, al caer herido mortalmente, de un tiro en el estómago, el comandante Salvador Perinat, que mandaba las tropas de la vanguardia, Santa Coloma tomó el mando directo de éstas, destacándose en el combate, tal y como era reconocido en el expediente personal de nuestro coronel^{xxxiv}.

En este instante hay que decir que uno de los grandes problemas con los que contaba el ejército español era el escaso conocimiento del terreno en el que combatían, por lo que la actuación de la compañía aerostática, a bordo de sus globos de reconocimiento, fue crucial en la campaña. La actuación de las tropas que estaban al mando de Santa Coloma y de otros jefes y oficiales de las otras unidades hicieron posible entonces que el capitán Emilio Herrera pudiera elevarse en el globo cautivo^{xxxv} Urano y reconocer mejor el terreno. Después de haber notado desde el aire la presencia de unos cuatrocientos moros hostiles que se dirigían desde la orilla del río Zeluán hacia el lugar donde se encontraban los soldados españoles, el propio capitán Herrera dirigió el disparo de la artillería hacia el lugar donde el enemigo se encontraba, evitando de esta forma la emboscada en la que el regimiento que mandaba Santa Coloma estaba a punto de caer. La actuación de las tropas de tierra, y especialmente el regimiento León y el de

lanceros de la Reina, fue puesta también de manifiesto por el propio Herrera en una carta enviada a su superior, el coronel Pedro Vives, el 26 de octubre de ese año^{xxxvi}. Los últimos días del mes de octubre, así como también los dos meses siguientes, los pasó gran parte del regimiento en un destino bastante más tranquilo, en la campamento de Cabrerizas Bajas, donde tuvo que hacer frente a las duras inundaciones que se vivieron por toda la zona, y que causaron graves daños en los equipos de los soldados y en el propio campamento.

Entre tanto, todas estas operaciones le supusieron el ascenso a general de brigada por méritos de guerra, con antigüedad del mismo día 17 de octubre, aunque mientras se hacía efectivo el ascenso siguió participando en algunas acciones de importancia. Pero antes de que se hiciera efectivo el ascenso, el todavía coronel Federico Santa Coloma siguió acumulando méritos de guerra, de entre los que destacó, los días 6 y 7 de noviembre, su participación en el ejército de operaciones que, dividido en cuatro columnas, tenía como principal objetivo la ocupación de la posición de Hidun. En este operativo, Santa Coloma formó parte de la cuarta columna que, a las órdenes del general de brigada Miguel Imaz, salió de la Caseta de Tiro a primeras horas de la mañana del día 7, con el fin de reforzar desde la meseta de Dar el Hach, el movimiento envolvente que sobre el objetivo había iniciado ya la tercera columna, logrando al frente de su regimiento, logrando la ocupación de Tarquimesien y la llanura de Camellos.

Ya antes, durante un breve periodo de tiempo tuvo que sustituir al propio general Aguilera en el mando accidental de toda la brigada, al haber tenido que regresar éste a la península el día 15 de noviembre para curarse de una enfermedad. Por otra parte, las acciones que tuvieron como escenario la provincia de Quebdana le valieron a nuestro protagonista para ser condecorado con dos cruces de primera clase al mérito militar con distintivo rojo, y también con la Gran Cruz de San Hermenegildo, pensionada, una de las más importantes condecoraciones del ejército español, que en el año 1918, una vez el ya general de división Federico Santa Coloma pasara a situación de primera reserva, le supondría una pensión de dos mil quinientas pesetas adicionales. Mientras tanto, el 9 de diciembre su regimiento formó parte de la operación conjunta entre tropas de tierra y tres barcos de la escuadra naval sobre la bahía den Cala Cazaza.

Aunque la campaña se dio por concluida oficialmente el día 17, iniciándose la repatriación de algunas unidades de las que habían participado en el conflicto en los días siguientes, la pacificación de la zona no llegaría a ser completa hasta algunos meses después. El regimiento de Santa Coloma fue uno de los que permanecieron en el continente africano durante todo ese tiempo, interviniendo en las maniobras de pacificación. Hay que destacar entre esas operaciones su nueva salida, el 10 de enero de 1910, al frente de una columna mixta formada por tropas de su propio regimiento, del regimiento de húsares de Pavía, y de sendas secciones de artillería de montaña y de ametralladoras, con el fin de realizar un reconocimiento de las minas que el enemigo había colocado en diferentes puntos de la región de Quetzal, con motivo de la visita que debía realizar a la zona por el ministro de Fomento, Rafael Gasset. Y a finales de ese mismo mes, el día 26, se volvió a hacer cargo de su regimiento, tras haber sido nombrado jefe de la brigada por haber sido ascendido Aguilera a general de división, el general Modesto Navarro.

Durante el mes de marzo se sucedieron nuevas operaciones militares, en las cuales también participaría Federico Santa Coloma. El día 10, en una operación de presencia sobre el Zoco El-Jemis, mandada por el general Navarro, nuestro protagonista mandaba al grupo de tropas de infantería, y el día 27, al mando de su regimiento salió otra vez

con el fin de cubrir las posiciones avanzadas de Eulad-Daud y de las Tetas de Nador, relevando en esas posiciones a las tropas que hasta entonces las habían ocupado, y de donde fueron relevados a su vez el día 8 de abril, habiendo llegado al campamento de Triana, en Melilla, dos días más tarde. Ya a finales de del mes de enero le llegó el nombramiento de general de brigada, por lo que entregó el mando de su regimiento el día 23, embarcándose el día 29 en el vapor *Ciudad de Mahón* con rumbo a Madrid, ciudad en la que quedó autorizado a fijar su residencia en situación de cuartel.

El general Santa Coloma

En esta situación de cuartel se mantuvo el ya general Santa Coloma hasta el 11 de julio de 1911. Antes de ello, el 9 de diciembre de 1910 el periódico madrileño ABC recogía en su portada la revista de las tropas que nuestro protagonista había presidido en el cuartel de María Cristina, en el seno de los actos organizados el día anterior para celebrar la festividad de la patrona del cuerpo de infantería, la Inmaculada Concepción^{xxxvii}. Aquel día 11 de julio fue nombrado jefe de la primera brigada de la cuarta división, con sede en Granada, y desde el 9 de septiembre hasta el 28 de noviembre de ese mismo año, gobernador militar de Málaga. El día 30 de noviembre fue trasladado de nuevo a Granada, con el fin de ocupar interinamente el cargo de gobernador militar de la ciudad nazarí, así como la propia cuarta división.

Ya en el mes de marzo de 1912, y después de haber sido condecorado ahora con la Gran Cruz al Mérito Militar con Distintivo Blanco, se le confirió ahora el mando de la segunda brigada de esa misma división. Y el día 25 de julio, por orden telegráfica, fue enviado de nuevo a África, al mando de la brigada provisional disciplinaria, que estaba formada por los regimientos de Córdoba y Borbón, cruzando de nuevo el estrecho de Gibraltar a bordo del vapor *Benlliure* y desembarcando en Ceuta el día 27 de dicho mes. En la plaza africana ejerció durante tres breves periodos de tiempo su máxima autoridad militar, primero por el traslado temporal de su titular a Tetuán y después por haber sido designado éste comandante jefe del ejército de operaciones. Y como tal presidió los actos de homenaje al comandante Manuel Sanz Cruz, quien había muerto en combate, habiendo recibido en el muelle de pescadores de la plaza el cadáver del oficial fallecido, y presidiendo el duelo, en el que el féretro fue envuelto con la bandera de España y recibió los honores de ordenanza por dos compañías del regimiento de Borbón, con bandera y música^{xxxviii}.

Su graduación de general no le impediría, sin embargo, alejarse demasiado de las trincheras. El 26 de agosto estaba al mando de una columna de la milicia voluntaria de Ceuta que cubría el camino de Cudín de la Condesa, columna que permitió el paso sin sobresaltos del alto comisario en dirección a Tetuán. Y en los días siguientes volvió a salir en operaciones similares, practicando diversos reconocimientos de las comarcas próximas a Ceuta^{xxxix}. En el mes de octubre sería trasladado a Tetuán, mandando interinamente la división al haber tomado el jefe de ésta el mando del ejército de operaciones, y concurriendo con su brigada al combate de Beniamuran. Nada dice sin embargo su hoja de servicios de su traslado temporal a Madrid en el mes de septiembre de 1913, por razones de salud, habiendo sido sustituido al frente de la brigada durante ese tiempo por el general Eloy Hervás^{xl}. Sí dio noticia de ello, sin embargo, la prensa conquense, haciéndose eco de una polémica que había surgido a raíz de este hecho^{xli}.

En efecto, pocos días más tarde Federico Santa Coloma ya estaba de regreso al norte de África, tal y como recogía el diario ABC: el día 28 de agosto, a las cuatro de la

tarde, partía de Algeciras el general Santa Coloma en dirección a Ceuta, en compañía de sus ayudantes, junto al general de la armada, Federico Estrañ, y a Aaron Naham Abensur, pagador del jalifa^{xlii}. Y el mismo periódico correspondiente al día 1 de octubre recogía así mismo su llegada a Ceuta, plaza en la que fue recibido por el general Serrano y por una comisión de oficiales, y de su toma de posesión otra vez al frente de su brigada^{xliii}.

El 8 de octubre, al frente de un batallón del Regimiento de Córdoba fue enviado a Tetuán, tal y como recoge la prensa de la época^{xliiv}, donde se le asignó el mando de una brigada del ejército de operaciones, permaneciendo incluso al mando de la propia división, con carácter interino, entre los días 4 y 12 de diciembre, tras haber tomado el mando de todo el cuerpo del ejército el titular de la división, el general Francisco Aguilera. Ese año lo terminó nuestro protagonista luchando en la campaña de Beniamurán.

El de 1914 fue el último año de Federico Santa Coloma cerca de la línea del frente, habiendo iniciado el año participando en distintas operaciones realizadas en la zona de Tetuán y Laucién, así como en las orillas del río Martín. El ABC del día 13 de enero de ese año recogía su participación en la instalación de un blocao^{xlv} en la zona del Mogote, lugar en el que las tropas habían sufrido dos días antes el ataque de un destacamento enemigo^{xlvi}. Participó también en las últimas operaciones llevadas a cabo en esta parte occidental del protectorado, entre las que destaca una salida al frente de una columna formada por varios batallones de los regimientos del Rey y León, un batallón del regimiento de caballería de Vitoria, una escuadra de regulares y una batería montada, con el fin de proteger la construcción de otro blocao en la desembocadura del río Martín. Por todas estas operaciones que había llevado a cabo durante los últimos meses de 1913 y los primeros de 1914 fue condecorado con la Gran Cruz Roja al Mérito Militar, pensionada, por Real Decreto del día 11 de agosto.

La nueva reorganización del ejército de operaciones en el protectorado de Marruecos y la pacificación parcial de la zona, coincidiendo con el estallido de la Primera Guerra Mundial, hizo que nuestro general fuera destinado en el mes de julio de 1914, de nuevo en situación de cuartel, otra vez a la plaza de Málaga, en la que siguió desempeñando su antiguo cargo de gobernador militar; como tal, en el mes de diciembre de ese año pasó como inspector la revista de armamento a diversos cuerpos y dependencias militares que estaban instalados en esta ciudad andaluza. Y en tal cargo se mantuvo hasta el día 16 de febrero de 1916, fecha en la que fue ascendido, por sus méritos y circunstancias, tal y como aparece mencionado en su hoja de servicios, a general de división, autorizándosele a que fijara su residencia en Madrid, otra vez en situación de cuartel. Por otra parte, y tal y como recoge el diario madrileño ABC del día 11 de abril de ese mismo año, el rey Alfonso XIII había recibido en audiencia real a nuestro protagonista el día anterior, junto a otros militares del ejército español^{xlvii}.

En el mes de abril de 1917 se le nombró jefe de la séptima división y gobernador militar de Gerona, ciudad catalana en la que se tuvo que hacer cargo también del mando político desde el 13 de agosto hasta el 7 de octubre, por haberlo resignado la autoridad civil a consecuencia del estallido de un nuevo brote de huelgas que habían provocado la declaración del estado de guerra en toda la nación. En este cargo se mantuvo hasta su dimisión por motivos de salud, dimisión que le sería admitida el 6 de febrero de 1918, siendo por este motivo admitido de nuevo a fijar su residencia en Madrid. El 3 de junio pasó a situación de primera reserva, al haber cumplido la edad reglamentaria, y a finales de año, en la Real Orden firmada por Alfonso XIII el 19 de abril de 1921 se le autorizó

a usar en la empuñadura del sable el emblema de un león de oro, con motivo de haber mandado el regimiento de León durante la campaña de Melilla.

Curioso es el caso de su casamiento con Susana Estrada y Roca, ya a una edad bastante avanzada. Quizá fuera su largo y entregado servicio a la patria como oficial del ejército, que le había obligado a ir siempre de un lugar a otro, cumpliendo destinos que eran difíciles de compatibilizar con una vida familiar ordinaria, lo que le había impedido a nuestro protagonista contraer matrimonio a una edad más apropiada para él. Pero ya una vez asentado en Madrid en situación de reserva, el 6 de diciembre de 1920, recién cumplidos los setenta años de edad, solicitó que se le expidiera certificado de soltería con el fin de que pudiera contraer matrimonio, certificado que se le expidió tres días más tarde. Por ello el Consejo Supremo de Guerra y Marina autorizaba con fecha 18 de enero del año siguiente, su licencia para que nuestro protagonista pudiera contraer matrimonio. Sin embargo, poco tiempo pudieron disfrutar los recién casados de su vida en común, pues ya con fecha 14 de junio de ese mismo año se remitía otra vez al Consejo el acta de defunción de la propia Susana Estrada. Y algún tiempo después del fallecimiento de su esposa, otra vez solo el general retirado, se trasladaría a vivir a Cuenca con los familiares que allí tenía.

¿Qué fue lo que motivó a Santa Coloma a contraer matrimonio a una edad tan avanzada? El hecho de que fuera así, y de que los esposos sólo lograron sobrevivir en su nuevo estado unos pocos meses me hace pensar que la mujer ya debía estar enferma cuando ambos se decidieron a dar ese paso, y que esa enfermedad, cualquiera que fuese, ya debía estar relacionada de alguna forma con la tardía boda. Por su parte, Federico Santa Coloma Olimpo sobreviviría a su esposa ocho años más, pues falleció el 20 de julio de 1929, tal y como recoge su propio expediente personal, que se conserva, como ya hemos dicho, en el Archivo General Militar de Segovia.

NOTAS:

ⁱ MUELAS, Federico, “Ficha de un escritor universitario”, en *Haz*, mayo de 1945, p. 17.

ⁱⁱ MUELAS, Federico: *Poesía*. Prólogo de Carlos de la Rica. Cuenca, El Toro de Barro, 1979, p. 14.

ⁱⁱⁱ MUELAS, Federico: *Prosas Conquenses*, prólogo de Carlos de la Rica. Cuenca, El Toro de Barro, 1983, pp. 9-10.

^{iv} Archivo General Militar de Segovia (AGMS en adelante), Sección Primera, leg. S-1556. “Expediente personal de Federico Santa Coloma Olimpo”.

^v Real Biblioteca (RB en adelante), Sig. II/4242. “Batallón de cazadores de Figueras. Anteproyecto de guerrera para jefes y oficiales de infantería para ejercicios, marcha y campaña”, 1906. Sig. II/3734 “Regimiento de infantería León nº. 38. Diario de operaciones y servicio de ocupación en Melilla en los años de 1909 y 1910”.

^{vi} “De fines del siglo XVIII en adelante, en cambio, fue el Ejército quien se llevó la parte del león de los recursos de la colonia. Esta observación es interesante en muchos aspectos, en la medida en que muestra la modificación radical de la posición de Filipinas durante y tras la quiebra imperial. Mientras el ejército de tierra aumentó sus efectivos y, en consecuencia, el gasto que ello comportaba, la Marina perdió peso y lo seguiría perdiendo hasta mediados del siglo XIX. El ascenso de los gastos del Ejército hasta el primer plano de la Hacienda filipina se produjo justo cuando se dio la quiebra del contacto anual con Nueva España, durante las guerras napoleónicas. Pero su mayor e imparable crecimiento hay que situarlo un poco más tarde, a finales de la segunda década y durante los años veinte del siglo XIX. A esta tendencia ascendente del gasto militar contribuyeron diversos factores, principalmente la llegada de tropas procedentes de Nueva España y las necesidades derivadas de los momentos de la grave inestabilidad política interna entre 1811 y 1823.” FRADERA, Josep M.: *Filipinas, la colonia más peculiar. La hacienda pública en la definición de la política colonial, 1762-1868*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999. pp.257-258.

^{vii} “La Junta, un cop constituïda, va visitar al Capità general Cortínez demandant-li que s’adherís al moviment, però si bé va dir-los que, particularment, veïa amb bons ulls la causa que defensaven, com a autoritat es devia a la disciplina i en assegurar-los que no els molestaria mentre no s’excedissin que el possessin en un compromís, va pregar-los que fessin la seva, però que el deixessin en pau... Com que van arribant notícies que els pronunciaments van augmentant, el Capità general Cortínez es resol a deixar-se d’escrúpols i pronunciar-se, determini que va fer públic el migdia del 12 de juny des de la tribuna del seu palau, dient, davant un nombrós públic que l’acclamava: *Señores, estoy pronunciado desde esta mañana y he participado a la Junta Suprema que estoy a su disposición y puede venir cuando guste*. La guarnició va adherir-se al pronunciament, salvant alguns diferències entre alguns oficials, que foren solventades, i les músiques militars sortiren al carrer tocant la marxa de Riego. Hi hagué solemne tedèum a la Catedral, salves d’artilleria, lluminàries, repicament de campanes, saraus...”CURET, Francesc: “*La Jamancia*”. 1842-1843. Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 1961, p. 39.

^{viii} AGMS. Sección Primera, leg. S-1556. “Expediente personal de Eugenio Santa Coloma López”.

^{ix} MONTERO Y VIDAL, José: *Historia de la piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y Borneo*. Dos tomos. Imprenta y Fundición de Manuel Tello, Madrid, 1888.

^x “En un radio no superior a los ochenta kilómetros en torno a Manila se formaron las primeras colecciones, se firmaron las contratas con los proveedores mestizos que deberían asegurar una oferta suficiente de tabaco en rama y, finalmente, se diseñaron las operaciones de un cuerpo de resguardos contra el contrabando, la pieza angular para romper la resistencia del campesinado local. Ya en 1783, al año de establecida, la nueva renta contaba con una fuerza de represión del cultivo y comercialización ilegal de treinta cabos y ciento cincuenta y seis guardias, cifras que nos dan una idea bastante exacta de la dimensión de sus operaciones. En los años cuarenta, el personal de los resguardos constituía un pequeño ejército de más de mil quinientas personas.” FRADERA, Josep M.: *Colonias para después de un imperio*. Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2005, p. 472.

^{xi} LUQUE TALAVÁN, Miguel: “Narciso Clavería y Zaldúa: Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas (1844-1849)”, en *Revista Complutense de Historia de América*, 23, 1997, pp. 209-246.

^{xii} “La estrategia seguida por las autoridades españolas en estos años consistió en rehuir el combate abierto con las poblaciones montañosas. La dispersión de aquellos grupos en un inmenso e inhóspito territorio hacía prácticamente inviable la solución militar; la única posibilidad, entonces, era concentrarse en una actividad punitiva que fuese debilitando paulatinamente a las comunidades igorotes. Esta orientación era coherente con las escasas posibilidades de control físico del territorio, que no se planteará –y aún

entonces con limitaciones, hasta los años sesenta del XIX gracias a las nuevas posibilidades ofrecidas por el rifle de repetición y el sistema de fuertes en los puntos clave. Fue durante el mando del capitán general Narciso Clavería, en la segunda mitad de los años cuarenta, cuando la necesidad de sojuzgar definitivamente a las poblaciones de la Cordillera adquirió un carácter de urgencia. Durante esta etapa y hasta el mando de Urbitzondo, en los años cincuenta, continuaron con mucha energía las incursiones militares en el mejor estilo Galvey. Éste había sido el primero en dirigir una larga serie de comandancias político-militares desde San Fernando, pero la ocupación de la Cordillera se intensificó en la etapa posterior con la formación de nuevas dependencias administrativas, en particular con la erección de la provincia militar de Abray, en el distrito militar de Benguet”. FRADERA, Josep M.: *o.c.*, p. 213.

^{xiii} En la guerra de 1898 contra Estados Unidos, Cavite se haría tristemente famosa por una batalla naval que enfrentó a los ejércitos de ambos países, y que supuso la muerte de cerca de ochenta marinos españoles. La derrota de Cavite animó a los isleños a rebelarse contra los españoles, lo que desencadenaría al final la derrota definitiva y el final del dominio español en el archipiélago.

^{xiv} “En la misma situación y en el mes de octubre se halló en la sorpresa y toma de Cuenca por la facción del cabecilla Santés, y no pudiendo incorporarse al cuartel por vivir lejos de él y hallarse éste rodeado de carlistas, lo hizo a un grupo de Guardia Civil y voluntarios de la República que halló a su paso, sosteniendo el fuego con el enemigo desde unas casas, retirándose al Castillo después, pasando por debajo del fuego de la facción, y sabiendo la rendición de la plaza y la orden de no hacer fuego, se salió con 30 individuos que lo hicieron voluntariamente con lo cual se salvaron los armamentos de aquellos, y no fueron hechos prisioneros.” AGMS. Sección Primera, leg. S-1556. “Expediente personal de Eugenio Santa Coloma López”.

^{xv} [http://www. http://www.mgar.net/cte/cte_hist.htm](http://www.mgar.net/cte/cte_hist.htm). Consultado el 21 de marzo de 2014.

^{xvi} En Filipinas se encontraba uno de los dos batallones disciplinarios de que disponía el ejército español durante el siglo XIX, acantonado en parte en la isla de Mindanao y en parte en el cercano archipiélago de Joló, entre Borneo y el resto del archipiélago filipino. El otro batallón disciplinario se hallaba en Melilla.

^{xvii} “La expedición, organizada con fuerzas de Manila y Zamboanga, se componía de un vapor, un pailebot y cinco falúas de guerra; un bergantín, una falúa y una lancha mercantes; un jefe, once oficiales, siete empleados de administración militar, sanidad, etc., 252 individuos de tropa y 160 trabajadores presidarios. El 28 salieron de Zamboanga las embarcaciones menores, y en los días 29 y 30 las restantes, arribando las más a Pollok el 1º de Octubre. El puerto de Sugut o Pollok se halla al O.NO. de Cottabato, a siete millas de la embocadura del río Grande de Mindanao. Desembarcaron el 4, pero hasta el 7 no se arboló en aquel punto el pabellón español, levantando con pasmosa actividad las fortificaciones necesarias en la punta denominada Panaram, <<por ser ancha y despejada, por tener al pie un manantial de agua potable y porque domina el fondeadero mejor.>> Los régulos de Cottabato, Paivan, Lalabuan, Barás, Malanao, Sugut y otros puntos comarcanos, acudieron a saludar al comandante del fuerte, Sr. Bernáldez, simpatizando con las tropas.” MONTERO Y VIDAL, José: *o.c.*, pp. 459-460.

^{xviii} Algunos historiadores denominan a este conflicto como la Segunda Guerra Carlista, y aunque no les falta razón para ello, he preferido seguir manteniendo la denominación tradicional por simples razones prácticas: PAYNE, Stanley G. *Ejército y sociedad en la España liberal. 1808-1936*. Akal, Madrid, 1977, p. 48. ARÓSTEGUI, Julio et al.: *El carlismo y las guerras carlistas*. La Esfera de los Libros, Madrid 2003, p. 71.

^{xix} RODRÍGUEZ GÓMEZ, José M.: *La Tercera Guerra Carlista, 1869-1876*. Almenara Ediciones, Madrid, 2004, p. 147.

^{xx} *Ibidem*, p. 148.

^{xxi} *Ibidem*, p. 163.

^{xxii} “Hallándose el día 1º de febrero en la sorpresa de los Arcos de Navarra, a las órdenes del Excelentísimo Señor Brigadier don Antonio Dabón, los días 17, 18 y 19 del mismo se encontró en las acciones y toma de Arróniz, Montejurra y Monjardín, y demás fuertes que defendían Estella, y rendición de esta plaza, a las órdenes del Excelentísimo Señor teniente general Don Fernando Primo de Rivera, habiendo sido recompensado por su buen comportamiento con el grado de Comandante de Infantería, por Real Orden de 20 de mayo y con la antigüedad de 19 de febrero. El 20 se encontró en la acción de las Alturas de Abárzuza, y continuó concurriendo con su batallón a cuantas operaciones se llevaron a cabo, hasta la completa terminación de la guerra, a las órdenes del Excelentísimo Señor teniente general ya mencionado, continuando las operaciones hasta el 8 de marzo, que con su batallón salió para jornadas ordinarias desde el Valle Baztán hasta Tafalla, en cuyo punto embarcó en ferrocarril con dirección al

distrito de Andalucía, llegando a la ciudad de Granada el día 16, donde quedó de servicio de guarnición.” AGMS, Sección Primera, Leg. S-1556. Fol. 6v.

^{xxiii} http://es.wikipedia.org/wiki/Anarquismo_en_Espa%C3%B1a. Visto el 24 de marzo de 2014.

^{xxiv} “Dada la importancia que en el combate tiene la conservación de los jefes y oficiales, es evidente que cuanto más parecido sea el uniforme de ellos al usado por las tropas, menos posibilidades habrá de que sean distinguidos por el enemigo, el cual, teniendo en cuenta la influencia que ejerce en la moral del soldado la falta de sus oficiales, procurará hacer desaparecer estos aprovechando el fuego de los mejores tiradores, que dirigirán sus tiros a aquellos que por sus uniformes más vistosos o por cualquier circunstancia que les diferencie de la masa general, entienda ser los directores de la sección. Dicho esto, y teniendo en cuenta la gran diferencia que existe en las prendas del tronco en el arma de Infantería entre los oficiales y la tropa, y la gran vistosidad que ofrecen las divisas en la bocamanga, nos parece que dejando para gala y otros actos sociales en que el oficial haya de presentarse con el esplendor que requiere el uniforme, la actual guerrera que usan los Jefes y Oficiales de Infantería, podía adaptarse para campaña, maniobra, marcha y servicios una prenda que, siendo de color y forma igual a la de la tropa, y con divisas poco visibles, no los diferencie ostensiblemente, y se confundan con las tropas.” RB. Sig. II/4242. Sf.

^{xxv} “Saludo a los nuevos oficiales que vienen a compartir con nosotros la vida de soldado. Sois la savia que vivifica los nuevos brotes del árbol secular de la vieja Infantería. Nosotros, los que ya estamos aquí, os abrimos nuestros brazos, os ofrecemos nuestro afecto, y desde aquí dentro, os decimos: Hermanos, sed bienvenidos. Os esperábamos, os deseábamos, porque nosotros, los veteranos, nos rejuvenecemos con vuestra presencia. Desechad todo personalismo, olvidad el yo, para decir siempre nosotros. Con el honor por guía, y el exacto cumplimiento del deber por norma, laboremos todos unidos por el bien del arma; que vuestros entusiasmos y energías juveniles, que vuestros arrestos todos se concentren en este único sentimiento, intenso amor a la Patria, al Rey y al Ejército. Idolatría por nuestra adorada Infantería. Estáis en la aurora de vuestras carreras y os deseo alcancéis los puestos más prominentes. Levanto mi copa a vuestra salud, y a todos los aquí presentes invito a que levanten la suya para saludar a nuestra brava Infantería, la que en los momentos decisivos olvidan la rancia y la fijancia, la vulnerabilidad y las alzas conjugadas, para recordar sólo que su fusil es el mango de su bayoneta. ¡Viva la Infantería!”. “*Una fiesta militar. Los nuevos oficiales del Rey y León*”, en ABC, 7 de octubre de 1908, p. 10.

^{xxvi} “Coronel Federico Santa Coloma, primer jefe del regimiento Infantería de León, número 38, Leganés, Madrid.- Su Majestad Imperial y Real Apostólica agradece de todo corazón a V.S. como coronel y a la fuerza bajo su mando la fiesta que ese regimiento celebró en honor de su jubileo y la felicitación dirigida, que no ha podido menos de emocionar vivamente a S.M.I., como prueba de adhesión sincera del regimiento de León, del cual S.M. está orgulloso, por ser su coronel honorario.- Firmado: General de Caballería conde de Poara”. “*El jubileo del emperador Francisco José*”, en ABC, 3 de diciembre de 1908, p. 8.

^{xxvii} “Coronel Federico Santa Coloma y Olimpo, primer jefe del Regimiento Infantería de León nº 38. Su Majestad Imperial y Real Apostólica, enterado muy conmovido del telegrama de usía implora el apoyo de la Providencia para el valeroso Regimiento de León, y hace votos fervorosos para que esa fuerza bizarra de tan brillante tradición pueda siempre contribuir a la gloria y prosperidad de la Patria. Por orden de Su Majestad, General Conde Poara.” RB. Sig. II/3734

^{xxviii} CORRAL CABALLÉ, Manuel del: *Crónica de la Guerra de África. Tomo I*. Imprenta Atlas Geográfico, Barcelona, hacia 1910, p. 540.

^{xxix} MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, Fernando: *Aduares y gumías. Melilla 1909*. Delsan, Zaragoza, 173.

^{xxx} “A poco, algunos rifeños atacaron también a la retaguardia desde el otro lado del barranco. La compañía que la formaba rechazó con rapidez la agresión, prosiguiendo la retirada en escalones. Al distanciarse más la retaguardia, pasaron los rifeños el barranco para continuar el fuego que aumentaba en intensidad, lo mismo ocurría en el flanco. La primera compañía del segundo batallón de León, que sostiene el fuego en la retaguardia, se bate con bravura, un soldado cae herido de un balazo en la cara. El fuego enemigo adquiere proporciones alarmantes y se ordena a la artillería emplace sus piezas. Los Schneider rompen el fuego y en pocos instantes destruyen las espesas chumberas desde las cuales el enemigo hostilizaba tenazmente el flanco izquierdo y los hacen retirar con precipitación. A poco vuelven a presentarse los adversarios; pero no en masa, sino formando una línea extensa para rehuir los efectos de la artillería, teniendo que ser rechazados por las descargas de fusilería. Fue la retirada difícilísima, sobre todo desde que los moros dirigieron sus ataques contra la retaguardia, aumentándolo también por el

flanco. Pero se hizo admirablemente, con un orden perfecto, dando los soldados en todo instante muestras admirabilísimas de serenidad y de valor. Las guerrillas de la retaguardia, sosteniendo sin cesar el fuego enemigo, retrocedían admirablemente, a paso lento, a medida que el grueso de la columna avanzaba. Los momentos verdaderamente duros fueron sostenidos por los del segundo batallón del regimiento de Infantería de León y por uno de los escuadrones del de caballería de María Cristina.” CORRAL CABALLÉ, *Manuel del: Crónica de la Guerra de África. Tomo II*. pp.110-111. Imprenta Atlas Geográfico, Barcelona, hacia 1910, p. 540.

^{xxxii} MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, Fernando: o.c., p. 184.

^{xxxiii} “En virtud de la orden general de la división del día anterior salde de Hasac a las siete y media de la mañana la brigada al mando del General Aguilera, formando la columna de la izquierda constituyendo seis compañías del Regimiento el grueso y las dos restantes la retaguardia. A la hora escasa de marcha empieza a ser hostilizado el flanco izquierdo, y cuando la cabeza del grueso estuvo a la altura de la Mezquita y grupos de casas que hay delante de la Alcazaba de Zeluan aparece más numeroso el enemigo, que es castigado con nutrido fuego de infantería y artillería, viéndose correr a los moros hacia las casas inmediatas al Morabito, y batiendo después las baterías un campamento moro establecido en el zoco de Telatza, a cuatro kilómetros de nuestra izquierda. Sigue lentamente la marcha de la columna con fuego de la vanguardia y de todo el flanco izquierdo, y sobre todo de la retaguardia, que manda el teniente coronel Mayorga, y que el enemigo tenazmente quiere cortar, rechazándosele con bastantes bajas, que se van retirando, y teniéndole constantemente a distancia. A las dos de la tarde es envuelto y tomado a viva fuerza el cerro de Tauima, y mientras el Regimiento del Rey, que se queda guarneciéndolo, lo pone en condiciones de defensa con una rápida fortificación de momento, nuestro Regimiento, que ha relevado a la fuerza del Rey, protege la posición, desplegando la guerrilla los trabajos, siguiendo aún el fuego durante más de dos horas después de ocupado dicho cerro. Reanuda la marcha y decidida la toma de Nador, se cambia la dirección, yendo la columna del general Aguilera deducidas siete columnas del Regimiento del Rey, que han quedado en Tauima por el costado más inmediato a Mar Chica, desplegando la vanguardia, perteneciente al Regimiento en orden de combate durante toda la marcha y batiendo con fuego débilmente contestado las huertas y el monte de la derecha, de las dos conocidas con el nombre de “Tetas de Nador”, tomándosele y ocupándosele esta posición en la parte más inmediata a Mar Chica, por donde se evacuaron los heridos. Bajas del Regimiento: un Comandante contuso y un cabo y tres soldados heridos. En el ganado, herido el caballo del coronel Santa Coloma de bala enemiga.” RB. Sig. II/3734. Sf.

^{xxxiii} “La toma de Nador”, en ABC, 26 de septiembre de 1909, 6 p.

^{xxxiv} “En el momento culminante de este hecho de armas, al ser muerto el Comandante Don Salvador Perinat, fue designado por el mando de la vanguardia, distinguiéndose mucho en el mando de su Regimiento y especialmente en el de la fracción de vanguardia, siguiendo en su repliegue en medio del nutrido fuego enemigo la ordenada marcha que aquel malogrado jefe había iniciado. También se halló en el conato de ataque que en la tarde de aquel mismo día inició el enemigo al campamento de las huertas de Nador, así como en el de la madrugada del 19, concurriendo a la defensa de las trincheras con las fuerzas de su mando.”AGMS, op. cit., fol. 13.

^{xxxv} Globo cautivo era aquél que no tenía autonomía propia, y por lo tanto tenía un cable que lo unía a tierra cada vez que era izado en el aire.

^{xxxvi} “Nosotros ya hemos hecho nuestro debut en Nador el día 17, efectuando un reconocimiento 4 kilómetros al W, siendo protegidos por el regimiento León, el de Lanceros de la Reina y una batería Schneider con la que estaba en comunicación telefónica desde la barquilla. Subí a 900 metros con calma absoluta y la atmósfera clarísima, de modo que se veía una extensión de terreno enorme y se podían precisar los menores detalles. El avance, como ocurre siempre, se hizo sin novedad, solamente algunos pacos hostilizaron a las guerrillas de vanguardia, pero en la retirada empezaron a acudir grupos de moros por todas partes que (aunque la artillería de las Tetas de Nadir, la de Tauima y la de Schneider con las observaciones del globo contuvieron a los más importantes y causaron una enormidad de bajas, que yo aprecié en unas 200 o 300, pero los confidentes moros han asegurado que pasaron de mil), algunos lograron causarnos unas 20 bajas, entre ellas la muerte del comandante Perinat. Al final de la retirada se interrumpió el teléfono y se rompió su cable, y Gordejuela me bajó creyendo que me había ocurrido algo al ver que no contestaba, y se hizo una nueva ascensión con Gordejuela y Balsega (EM) que por medio de toques de bocina comunicaron los movimientos envolventes que trataban de hacer los moros. Terminada la operación y anclado el globo, tuvimos una pequeña alarma por creerse que el enemigo había entrado en un campamento de infantería. Después aquella noche lucieron grandes hogueras en el Visan y en el

Gurugú y al día siguiente fuimos obsequiados por la noche con un ataque más formal y un diluvio que nos inundó el campamento.” En MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, Fernando: o.c., pp. 252-253.

^{xxxvii} ABC, 9 de diciembre de 1910, p. 1.

^{xxxviii} “Entierro del comandante Saenz”, en ABC, 13 de agosto de 1913, p. 9.

^{xxxix} “Los moros atacan un convoy; nuestras bajas”, en ABC, 4 de septiembre de 1913, p. 6. “Crónica de la campaña”, en ABC, 8 de septiembre de 1913, p. 7. ABC, 22 de septiembre de 1913, p. 8.

^{xl} ABC, 9 de septiembre de 1913, p. 9. ABC, 10 de septiembre de 1913, p. 10. ABC, 23 de septiembre de 1913, p. 7.

^{xlii} “Insidiosas, falsas y de marcado carácter tendencioso han sido las noticias propaladas por la prensa diaria de Madrid con respecto a nuestro ilustre paisano, el bizarro general de brigada D. Federico Santa Coloma. Se ha hablado de su relevo en el ejército de África, y tal relevo en un mito. El Sr. Santa Coloma, que tantas veces ha probado su valor y su pericia, no podía ser relevado, y quien tal ha creído y ha dicho no puede por menos que, o desconocer lo que vale el heroico conquense, o ser enemigo de cuanto signifique veracidad. Don Federico Santa Coloma, que goza de la estimación de todos, que es querido por sus superiores y adorado por los que bajo su protección se encuentran, sigue mandando su brigada en África, y al lado de los suyos volverá en breve plazo. A ocupar su puesto en la primera fila irá el bizarro general, honra de esta tierra que le vio nacer, y éste será el mejor mentís para esos seres míseros que lanzaron a los cuatro vientos las falsas noticias. El Sr. Santa Coloma, que ahora se encuentra entre nosotros, volverá a alentar con su presencia a las heroicas tropas de su mando, mereciendo, una y cien veces más, la felicitación de todos, y no el enojo de uno solo. Para los que a sabiendas mintieron, vaya nuestro desprecio más profundo, y para él una salutación de hermanos cariñosos y conocedores de su valor extraordinario y de su acierto indiscutible. Cuenca entera, que conoce a su preclaro hijo, lo aclama cual merece, y no hace, no puede hacer oído a tantas hablillas, y sabrá honrar en justicia al que para sus soldados y particularmente los de esta tierra, es un padre, sabiendo llevar el nombre de Cuenca a las alturas en que esa vejada ciudad es acreedora”. El Liberal, 20 de septiembre de 1913, p. 1.

^{xliii} ABC, 29 de septiembre de 1913, p. 9.

^{xliiii} ABC, 1 de octubre de 1913, p. 9.

^{xliv} ABC, 10 de octubre de 1913, p. 9.

^{xlv} Se entiende por blocao una pequeña fortificación de madera y sacos terreros, que se pueden armar y desarmar fácilmente, y ser transportado al lugar donde mejor convenga, y fueron muy utilizadas en las campañas del Rif.

^{xlvi} ABC, 13 de enero de 1914, p. 10.

^{xlvii} ABC, 11 de abril de 1916, p. 11.